

jeros elegantes y coches de lujo». El progresivo aburguesamiento de la revolución, al igual que la percepción de que la guerra española no se estaba solucionando en virtud de los esfuerzos hechos en las trincheras, sino de los más deplorables y rastreros —por más que ostentasen un carácter de naturaleza histórica objetivamente real, y en el que radicaría posteriormente, por lo menos en parte, el hecho de que nuestro sentido de la historia se viera destruido por la naturaleza de nuestra historia— aplicados al mantenimiento del *statu quo* internacional, provocan en Orwell una amargura y una sensación de impotencia que modulan su análisis de la situación política a la sazón, impregnándolo, si no de superficialidad, sí de un cierto sectarismo, reconocido, por otra parte, por el mismo. «Cuidado con mi parcialidad, con mis errores factuales y con la inevitable deformación causada por haber visto tan sólo una pequeña parte de los hechos. Pero cuidado también con

las mismas cosas cuando se lea cualquier otro libro sobre este período de la guerra española». Los hechos a los que Orwell se refiere son los acaecidos el 3, 4 y 5 de mayo en Barcelona, y en los que se concretaba el enfrentamiento entre el Gobierno y el P. S. U. C., por un lado, y el P. O. U. M. y la C. N. T. F. A. I. por el otro, girando en torno a la cuestión planteada por la vinculación guerra-revolución, defendida por anarquistas y comunistas disidentes (antiestalinistas), o la postergación de la revolución hasta el momento de haber ganado la guerra, defendida por los liberales y el P. S. U. C.

El 3 de mayo, el Gobierno decidió ocupar la Telefónica, en manos de la C. N. T. «Por la ciudad corrió el rumor de que los locales obreros iban a ser atacados; anarquistas armados aparecieron por las calles, se interrumpió el trabajo y no tardó en estallar la lucha. Aquella noche y el día siguiente por la mañana se levantaron barricadas por toda la ciudad y los com-

bates prosiguieron sin interrupción hasta la mañana del 6 de mayo».

Para Orwell, el conflicto se desencadenó espontáneamente a nivel de base militante, como una tentativa para impedir el proceso hacia un capitalismo estatal, y los dirigidos, cuando lo hirieron, siguieron a la base muy a pesar suyo; en primer lugar, por mantener su posición en el Gobierno y en la *Generalitat*, y en segundo, por prevenir que de sobrevenir un triunfo proletario que devolviese al proceso revolucionario su antiguo vigor, las naves británicas, ancladas frente al puerto de Barcelona, hubieran intervenido de inmediato. Como trasfondo y pieza angular del conflicto, el viejo enfrentamiento entre anarquismo y comunismo, la política estalinista y la disensión trotskista. Modulares circunstancias que afectaron decisivamente a la revolución —o a lo que pudo ser la revolución española— y de las que se carece, y probablemente se carecerá siempre, de contrastables testimonios directos.

De regreso al frente, con el grado de teniente, Orwell es herido por un proyectil, que le atraviesa el cuello de parte a parte, y trasladado a Barbastro, al hospital de Lérida y posteriormente al de Tarragona. Conseguida la licencia por «inútil» y de vuelta a Barcelona, el escritor se encuentra con que el P. O. U. M. ha sido disuelto y declarado ilegal. Sobre el partido ha recaído la sardónica acusación de «organización trotskista, quinta columna del fascismo». La tensión entre el Gobierno y los sindicatos, de éstos entre sí, entre los partidos y las estrategias, entre las milicias y el Ejército, así como la actuación de la Guardia de Asalto, habían terminado por convertir aquel ensayo general revolucionario en una endemoniada zahúrda, en la que la Policía Secreta actuaba de manera totalmente autónoma, purgando elementos, supuestos o reales, del P. O. U. M. y de la C. N. T.

Avisado por su esposa, Eileen O'Shaughnessy —también en Barcelona—, Orwell se esconde, y tras

OPINIONES DE ORWELL

LA ciudad (Barcelona) tenía un aspecto sórdido y sucio, el pavimento y las casas necesitaban urgentes reparaciones; de noche, las calles estaban muy mal iluminadas por miedo a los bombardeos; la mayoría de las tiendas estaban descuidadas y medio vacías. La carne escaseaba y la leche había desaparecido casi por completo; era difícil encontrar carbón, azúcar y gasolina, y el pan comenzaba a escasear de un modo alarmante. Ya por esta época, las cosas del pan tenían a menudo hasta centenares de metros. Sin embargo, por lo que uno podía juzgar, la gente parecía contenta y esperanzada. No había paro y el coste de la vida era todavía extremadamente bajo, se veía a muy pocas personas manifestando pobreza y ningún mendigo, exceptuando a los gitanos. Por encima de todo se creía en la revolución y en el futuro, se tenía la sensación de haber entrado súbitamente en una era de igualdad y de libertad. Los seres humanos trataban de comportarse como seres humanos y no como engranajes de la máquina capitalista. En las barberías había letreros anarquistas (la mayor parte de los barberos eran anarquistas) explicando enfáticamente que los barberos habían dejado de ser esclavos. En las calles había carteles

de colores exhortando a las prostitutas a abandonar su oficio. Para alguien que procediese de la endurecida y burlesca civilización de los pueblos de habla inglesa, había algo casi patético en la literalidad con la que aquellos españoles idealistas interpretaban los gastados lemas de la revolución. Por esta época, las canciones revolucionarias del carácter más ingenuo, todas sobre la fraternidad proletaria y la perversidad de Mussolini, se vendían en las calles por unos pocos céntimos. A menudo vi a un miliciano analfabeto comprar una de estas canciones, deletrear penosamente su letra, y luego, una vez había comprendido lo que decía, ponerse a cantarla con una tonada adecuada. (Página 42.)

AL segundo día de mi estancia en el cuartel llamaban "instrucción". Al principio se produjeron escenas de un caos espantoso. La mayoría de los reclutas eran muchachos de dieciséis o diecisiete años de los barrios bajos de Barcelona, llenos de ardor revolucionario, pero completamente ignorantes de lo que significaba una guerra. Era imposible incluso conseguir que se pusieran en línea. La disciplina brillaba por su ausencia; si alguien no estaba de acuerdo con una orden, salía de la formación

y se ponía a discutir acaloradamente con el oficial. El teniente que dirigía la instrucción era un joven robusto y de aspecto saludable, muy simpático, que había sido oficial del ejército regular, y que aún lo parecía, con su aire elegante y su impecable uniforme. Lo curioso es que era un socialista sincero y entusiasta. E insistía en la completa igualdad social entre todos los grados aún más que los mismos reclutas. Recuerdo su apenada sorpresa cuando un recluta despistado se dirigió a él llamándole señor. «¿Cómo señor? ¿Qué es eso de llamarme señor? ¿Es que no somos todos camaradas?». Tengo mis dudas de que esta actitud suya le facilitara la tarea. (Página 45.)

ALCUBIERRE nunca había sido bombardeado y su estado era mejor que el de la mayor parte de las poblaciones que estaban casi pegadas a la línea de fuego. Sin embargo, me parece que incluso en tiempos de paz no hubiese sido posible recorrer esta parte de España sin quedar impresionado por la peculiar y extremada miseria de los pueblos aragoneses. Son como fortalezas, un amontonamiento de débiles casuchas de barro y piedra apiñadas en torno a la iglesia, y ni siquiera en primavera es fácil ver una flor por aquellos alrede-

dores. Las casas no tienen jardines, sólo corrales en la parte trasera, donde unas escuálidas gallinas patinan sobre una alfombra de estiércol de mula. El tiempo era muy malo, con alternativa de niebla y lluvia. Los estrechos caminos de tierra se habían convertido en un mar de fango, que en algunos puntos llegaba a tener un metro de profundidad, y por allí circulaban penosamente los camiones, cuyas ruedas giraban en el vacío, sin poder avanzar, a veces de seis en una reata. El constante ir y venir de tropas había reducido el pueblo a un estado de suciedad indescriptible. No tenía, ni nunca había tenido, nada semejante a un retrete o un albañal de la clase que fuera, y no había ni un palmo cuadrado donde uno pudiera pisar sin mirar antes dónde ponía el pie. Hacía ya tiempo que la iglesia se usaba como letrina, y la misma función tenían todos los campos en medio kilómetro a la redonda. (Página 52.)

MUCHAS de las tropas que luchaban contra nosotros en aquella parte del frente, no tenían nada de franquistas; eran, simplemente, pobres reclutas que estaban haciendo el servicio militar en

el momento en que estalló la guerra y que no deseaban más que desertar. De vez en cuando pequeños grupos se aventuraban a escurrirse hasta nuestras filas. Sin duda, muchos otros les hubiesen imitado si sus familiares no se hubieran encontrado en territorio franquista. Estos desertores fueron los primeros franquistas "de verdad" que vi. Me impresionó el hecho de que no se distinguieran en nada de nosotros, salvo en el llevar un mono de color caqui. Llegaban siempre muertos de hambre, lo cual era perfectamente explicable después de haber estado un día o dos vagando por la tierra de nadie, pero este detalle era siempre triunfalmente subrayado como demostración de que las tropas enemigas estaban muriéndose de hambre. Vi cómo daban de comer a uno de ellos en casa de un campesino. Era un espectáculo penoso. Un chicarrón de unos veinte años, de piel muy curtida, con ropas harapientas, sentado en cuclillas al fuego y engullendo a una velocidad desesperada un plato de estofado. Y mientras, sus ojos recorrían nerviosamente el círculo de milicianos que le estaban contemplando. Supongo que aún recordaba que éramos "rojos" sedientos de sangre que íbamos a fusilarle apenas terminase de comer. El hombre que le vigilaba le



Gobierno de la Generalidad.

17 de abril de 1937.

De izquierda a derecha: sentados, Calvet, Tarradellas, Companys, Comorera y Domenech; de pie, Miret, Aguadé, Fernández, Vidiella, Capdevila y Sbert.

daba palmadas amistosas en el hombro y emitía ruidos tranquilizadores. (Pág. 53.)

EN la guerra de trincheras hay cinco cosas importantes: leña, comida, tabaco, velas y el enemigo. En invierno, en el frente de Zaragoza, eran importantes por este orden, con el enemigo muy al final. Excepto de noche, cuando un ataque por sorpresa siempre era posible, nadie se preocupaba por el enemigo. No eran más que unos insectos negros muy lejanos que uno veía brincar de vez en cuando de un lado para otro. Lo que verdaderamente preocupaba a los dos ejércitos era la lucha contra el frío.

Debo decir de pasada que durante todo el tiempo que estuve en España asistí a muy pocos combates. En el frente de Aragón estuve desde enero a mayo, y entre enero y finales de marzo, excepto en Teruel, no ocurrió nada en este frente. En marzo se luchó encarnizadamente en los alrededores de Huesca, pero mi intervención personal en este combate fue muy pequeña. Más tarde, en el mes de junio, hubo un catastrófico ataque a Huesca, en el que en un solo día murieron varios millares de hombres, pero antes de ocurrir esto yo ya había sido herido y estaba fuera de combate. Todo lo

que uno considera normalmente como los horrores de la guerra, a mí casi nunca me sucedió. Ningún aeroplano dejó caer una bomba cerca de mí, no recuerdo que ninguna granada estallase a menos de cincuenta metros de distancia de donde yo me encontraba, y sólo en una ocasión participé en un combate cuerpo a cuerpo aunque yo diría que con una vez hasta y sobra. (Página 59.)

HABIA tres clases de fusiles en circulación. La primera era el "mauser" largo. Estos rara vez tenían menos de veinte años, sus puntos de mira eran tan inútiles como un cuentakilómetros estropeado, y en la mayoría de los casos el ánima del cañón estaba completamente oxidada; sin embargo, uno de cada diez de estos fusiles no iba mal del todo. Estaba luego el "mauser" corto o mosquetón, que en realidad era un arma de caballería. Estos eran más populares que los otros por ser más ligeros y menos embarazosos en la trinchera, y también porque eran relativamente nuevos y parecían en mejor estado. En la práctica eran casi inútiles. Estaba a la vez hechos con piezas de otras armas, ningún cerrojo pertenecía al mismo fusil, y tres cuartas partes de ellos podían considerarse como inservibles

después de cinco disparos. Había también unos cuantos "winchesters". Daba gusto disparar con ellos, pero eran de una inexactitud formidable, y como no había cargadores para sus cartuchos, sólo podía dispararse uno cada vez. Las municiones escaseaban tanto que cada soldado, al llegar al frente, tan sólo recibía cincuenta cartuchos, la mayoría de ellos en muy mal estado. Los cartuchos de fabricación española eran todos usados y vueltos a cargar y eran capaces de hacer que se encasquillaran los mejores fusiles. Los cartuchos mejicanos eran mejores, y por esto se reservaban para las ametralladoras. La mejor munición era la alemana, pero como ésta sólo podía obtenerse de los prisioneros y de los desertores, escaseaba bastante. Yo siempre llevaba en el bolsillo un cargador de munición alemana o mejicana para casos de apuro. Pero de hecho, cuando llegó el apuro, apenas disparé el fusil. Tenía demasiado miedo de que aquel chisme prehistórico se me atacara y andaba demasiado obsesionado con la idea de reservarme a toda costa una bala que acabara disparándose. (Pág. 70.)

SUPONGO que solamente he conseguido dar una idea muy ligera de lo que signifi-

can para mí aquellos meses de estancia en España. He contado algunos de los hechos exteriores, pero no puedo describir la impresión que ellos me produjeron. Es algo que va mezclado con escenas, olores y sonidos que no pueden transmitirse por escrito: el olor de las trincheras, el amanecer en las montañas, alargándose hasta distancias increíbles, el crepitar de los disparos, las explosiones y el fognazo de las bombas; la luz clara y fría de las mañanas de Barcelona y el ruido de las botas en el patio del cuartel, allá por el mes de diciembre, cuando aún se creía en la revolución; y las colas de la gente para comprar comida, y las banderas rojas y negras, y las caras de los milicianos españoles; sobre todo las caras de los milicianos —hombres que conocí en el frente y que ahora andan dispersos Dios sabe por dónde, unos muertos en combate, otros mutilados, otros en la cárcel— la mayoría de ellos confío en que estén aún sanos y salvos. Les deseo buena suerte a todos; les deseo que ganen su guerra y que echen de España a todos los extranjeros, tanto a los alemanes como a los rusos y a los italianos. Esta guerra, en la que tuve una participación tan ineficaz, me ha dejado recuerdos que son en su mayor

parte malos, pero no hubiese querido perderme. Cuando uno ha tenido un atisbo de un desastre como éste —y sea cual sea el final de la guerra española, será en definitiva un espantoso desastre, aparte de las matanzas y de los sufrimientos físicos— el resultado no siempre es la desilusión y el cinismo. Por extraño que parezca el conjunto de esta experiencia, en vez de disminuir, ha aumentado mi fe en la dignidad de los seres humanos. Y confío en que mi relato no haya sido demasiado desorientador. (Páginas 261 y 262.)

DE España guardo los peores recuerdos, pero son muy escasos los malos recuerdos que tengo de los españoles. Sólo en dos ocasiones recuerdo haberme enfadado de veras con un español, y al recordarlas creo que en los dos casos el que estaba equivocado era yo. No hay duda de que tienen una generosidad, una especie de nobleza, que en realidad no corresponde al siglo XX. Esto es lo que permite esperar que en España incluso el fascismo pueda asumir una forma relativamente blanda y llevadera. Hay pocos españoles que posean la maldita eficacia y el rigor que exige un estado totalitario moderno. (Página 255.)

tratar de liberar al comandante belga Kopp, detenido sin que ni el jefe de la Policía ni el ministro de la Guerra tuvieran noticia de ello, consigue atravesar la frontera a finales de junio de 1937. El libro que nos ocupa está redactado unos cinco o seis meses después (en la edición española no se incluye un apéndice que aparece en la inglesa, con el título «Looking back on the Spanish war»), y pese a todas sus parcialidades, pese a toda su subjetividad, pese a la escasa preparación política de su autor —que jamás la pretendió, dicho sea para poner las cosas en su sitio—, constituye un enorme y visceral fresco, un importante testimonio de lo que fue la cotidianidad de aquella guerra —si bien en un área muy estricta y localizada en la que todos, nacidos y por nacer, nos jugamos buena parte de nuestra trayectoria existencial. Aunque, esto, tan torpe sería afirmarlo denodadamente, como denodadamente negarlo. ■ EDUARDO CHAMORRO.